

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 793

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Jueves 3 de Mayo de 1888

## EL GRAN CONTRASTE

Los que de ordinario pasan la vida en Madrid, sin conocer ni aún superficialmente, las necesidades que se experimentan en provincias, los que creen que todo está encerrado en el horizonte que rodea á la villa y corte, sin pensar siquiera que más allá se extienden inmensos territorios entregados á la fatalidad de un destino muy semejante al de Tántalo; los que, en fin, ya porque allí vienen á comerse sus rentas, ó ya porque cuentan con el sueldo de un empleo que los pone á cubierto de los apuros del día, y lo que es más, que les permite asistir por las tardes á los paseos públicos y frecuentes de noche algún café ó algún teatro, entreteniéndose en formar cálculos políticos más ó menos aventurados, creen, como se suele decir vulgarmente «que todo el monte es orégano».

¿Cómo sentir los males exteriores cuando todo allí presenta el risueño aspecto de una dicha, de una grandeza, de un esplendor que, aunque en el fondo sea ficticio, aparentemente es real y deslumbrante?

Hay, no lo negamos, en medio de esas exterioridades propias de la isla de Jauja, abismos y miserias insondables; pero esto no se ve, esto queda en la sombra; las quejas se pierden entre el estrépito de los carruajes y el rumor de las fiestas públicas. ¿Quién allí, no tiene 50 céntimos de sobra para tomar un café? ¿Quién no tiene un sastre que le vista aunque después quede la cuenta archivada hasta las kalendas griegas? ¿Quién no se permite el lujo de ir en tranvía en vez de imitar á la musa de Horacio («musa pedestris») como sucedía en tiempo de nuestros padres? ¿Quién no está obligado á hablar de política, á echar pestes contra los poderes públicos á imaginar crisis, á reñegar de cuanto existe, y en una palabra á componer el mundo á su capricho y voluntad? ¿Quién, por último, no espera á que caigan estos para que suban aquellos como si todo fuera un juego de cubiletes en que los unos temen perder y los otros esperan ganar?

Por más que se diga lo contrario, es lo cierto que la vida de Madrid solo presenta una perspectiva como la que acabamos de exponer. Este ambiente hidrópico como le llamó un día Aparici y Gujarro es el inmenso pópulo que chupa toda la utilidad á las provincias, y los que pasan en él una existencia más ó menos agradable, no saben, no ven, no comprenden que al otro lado del horizonte madrileño se extienden más de treinta mil poblaciones, desde la ciudad hasta la humilde aldea, en donde la escena es tan distinta como son distintos lo blanco y lo negro, la luz y la sombra, la salud y la enfermedad.

No nos ocuparemos de los grandes centros de población. En ellos aún hay vida, aún se respira algún oxígeno, aún se desenvuelven algunos gérmenes que se sostienen por su propia virtualidad; pero descendamos algún escalón más en el orden categórico de los pueblos y veremos más horros que los que el Dante llegó á pintar en su «Infierno».

En esos pueblos, en esas aldeas y en

esas cortijadas, en esos pequeños grupos de población, que ni aún siquiera tienen este año el privilegio de ver salir el sol limpio y despejado como «monarca de la luz, padre del día», cual dijo el duque de Rivas, en donde ni el gobernante; ni el hombre político, ni el que todo lo ve á través de cristales de color de rosa han fijado su atención, y ni donde á pesar de tanto como se declama nadie conoce á fondo la intensidad y las profundas privaciones que experimentan.

Si en Madrid se conociera ó fuese permitido conocer la verdadera situación del país, es seguro que en el corazón de todos, en el impulso del espíritu público, se operaría una reacción completamente favorable en beneficio del país.

«Pero, ojos que no ven, como dice el adagio, corazón que no siente» Allí se come pan y pan blanco, por más que los tahoneros hagan de las suyas. Pero, ¿qué se come en los pueblos á que nos referimos? No pan blanco, ni pan negro, ni tan siquiera aquel pan de munición en quien soñaban los estudiantes hampones y harapientos del siglo pasado.

Allí siquiera la mayoría de la población puede entrar en un café, esperar algo para el día de mañana, prometerse siquiera un beneficio de los que gastan, á troche y moche espléndidas riquezas, parásitos de momento que pueden codearse con los prohombres del día, pero en esos pueblos. ¡

¡Ah! No encontraréis allí sino una inmensa masa de trabajadores encorvados desde que apunta el día hasta que sobreviene la noche ante la reja del arado, para que luego el fisco, con su terrible cohorte de comisionados, se lleve lo más saneado de un trabajo que no prospera ni puede prosperar nunca.

Esto no se comprende en Madrid, y de aquí resulta el gran contraste que hoy presenta el país, considerado bajo los dos puntos de vista que acabamos de exponer.

Pero de tal manera se ha impuesto la si-

tuación que al fin se ha llegado á presentar este problema en los Cuerpos Colegisladores. El mismo país, por medio de representantes especiales, ha venido á exponer sus quejas. ¿Se logrará atenderlas?

Véase lo que está pasando. La política se impone á las grandes necesidades públicas, y no sabemos de á donde vendrá el remedio.

Y es que, como hemos dicho, «allí» no se ve lo que que pasa «allá», y nadie se preocupa de los males que no se ven.

E. P.

## Variedades.

Solución á la charada inserta en el número de ayer:

COTORRA.

## Memérides militares

MAYO 3

427.—Gensericó al frente de 80.000 vándalos abandonaron á Andalucía y dejaron por completo el suelo de España para trasladarse al África, donde fundaron su nuevo reino.

1248.—Hallábase situada Sevilla cerca de un año por el rey Fernando III, era preciso cortar la comunicación de los moros de Sevilla con los de Triana por el puente de barcas del Guadalquivir, para lo cual el almirante D. Ramon Bouifaz, mandó escojer las dos más gruesas navas de carga, montando en una de ellas el mismo almirante y á toda vela y cuando más arrecia el viento, las hizo chocar contra el puente de barcas, que quedó roto y deshecho con gran regocijo de los cristianos que privaba á los moros de recibir socorros y mantenimiento.

1834.—El cabecilla Basilio Garcia es derrotado en Béjar por las tropas de la reina.

1851.—Combate naval en aguas de la Pargua (Filipinas.) El teniente de navío Montero que mandaba tres falas atacó á cuatro pancos moros destrozándolos, causándoles 100 muertos y cogiéndoles doble número de prisioneros y toda la artillería. Por nuestra parte tu-

vimos la voladura de la falua que mandaba el valeroso alférez de navío Otálora que pereció con sus tripulantes por inflamación del pañol de Sta. Bárbara.

Se cogieron todos los efectos que llevaban los pancos y estos echados á pique por ser imposible el remolcarlos á causa del mal estado después del combate.

J. CERRÁN.

## Local y provincial.

El diputado por esta circunscripción Sr. Alcocer, persevera en las gestiones que ha tiempo tiene iniciadas, para mejorar la situación de los Escribientes de la Armada, clase digna de toda consideración, merced á sus relevantes servicios y al olvido en que siempre se tuvieron sus legítimos derechos y merecidas preeminencias.

El Sr. Alcocer, acaba de celebrar en Madrid una conferencia con el individuo de la comisión de presupuestos que siéndolo también el pasado año, recibió del Sr. Rodríguez Arias autorización para contestar en términos satisfactorios al discurso pronunciado por el señor Alcocer en defensa de la reorganización del mencionado cuerpo; y según *El Centinela*, tan propicio se ha mostrado aquel á complacer á este que encuéntrase dispuesto á formular en el seno de la importante comisión de que forma parte, un voto particular si antes y por consecuencia de la entrevista que el Ministro tenga con el Sr. Alcocer, no resuelve el primero la cuestión en términos favorables para los indicados funcionarios, dignos por todos conceptos de la consideración del Gobierno.

Continúa la bonita y artística rastrillada rústica que se ha instalado en la plaza de la Merced, llamando la atención de propios y extraños.

Bueno fuera, que como aquella otra de semejante índole que existió en la plaza de los Caballos, se hiciera desaparecer esta, pues sensible sería que estando al aire libre la dejarán estropear con el sol, las lluvias y el viento.

12

CARLOS CANO

MUESTRAS SIN VALOR

9

sociedad;—pero, creedme, más de tres y más de cuatro personajes que hoy brillan en la política y han regido los destinos del país me deben cuanto son. Un baile ensayado por mí ha sido la base de su fortuna, y os lo voy á probar citándoos algunos casos. Cierta noche fui llamado por un General con mando, y en dos lecciones le enseñé unos *lancers*, con los cuales consiguió, en casa de cierta Marquesa, una victoria más grande que las muchas que había alcanzado en los campos de batalla. Otra vez un Ministro, que era coje, tuvo que bailar un wals corrido, y gracias á mí, salió del compromiso tan á la perfección que su pareja, que era la señora de un embajador, no pudo saber del pié que cojeaba, á pesar de estar bailando cerca de media hora. En otra ocasión....

Antonio se levantó de la silla dispuesto á tapar la boca de aquel hombre con el primer objeto que hallara á mano, al ver que su charla iba á ser eterna.

Por fin logró reducirlo al silencio y convenir el plan de enseñanza y los honorarios que había de satisfacer.

Acto seguido, Antonio regresó á su casa, y

muy grandes le arrancó un grito de alegría. El anuncio salvador estaba concebido en estos términos:

BAILE, ESGRIMA, GIMNASIA CEREBRAL.  
DIEGO CAMELI

da lecciones á domicilio, garantizando el pronto resultado.

Leer las anteriores líneas y salir en busca del Sr. Cameli fué para Antonio cuestión de dos minutos.

—¿Es al señor maestro de baile á quien tengo el honor de dirigirme?—dijo entrando en la habitación del anunciante.

—Perdonad, señor mío,—respondió el interpelado,—estais en presencia de un profesor de coreografía teatral y de salón. ¿En qué puedo servirlos?

Antonio contó al coreógrafo el apuro en que se encontraba y la necesidad que tenía de aprender á bailar un wals en el imprescindible plazo de treinta y seis horas.

—No os apureis, caballero; yo os sacaré del